

E

Empirismo

El término «empirismo» proviene de la palabra griega *empeiría* que significa «experiencia», «habilidad», en el sentido, por ejemplo, del conocimiento de los médicos (en Grecia) que era una práctica adquirida *por experiencia* más que por una ciencia teórica. En la tradición filosófica hace referencia a aquellas posiciones epistemológicas que sostienen que nuestro conocimiento proviene de la *experiencia* (frente a otras concepciones que puedan sostener que contamos con ideas innatas (innatismo), o que la razón posee mecanismos de adquisición de conocimientos al margen de la experiencia). Esta caracterización del empirismo es tan general que podría servir para etiquetar casi cualquier epistemología, desde la clásica doctrina, de base aristotélica, de la abstracción (o las tesis del propio Aristóteles cuando afirma que «el alma jamás intelige sin el concurso de una imagen» [*De anima*, 431a, 15] o también «lo inteligible ha de estar en él del mismo modo que en una tablilla en la que nada está actualmente escrito: esto es lo que sucede con el intelecto» [*Ibid.*, 429b, 30,

430a]) hasta cualquier epistemología contemporánea. De hecho, Quine ha dicho que el lema del empirismo es el conocido aforismo medieval: «nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu». Sin embargo, en un sentido más preciso se refiere a una corriente epistemológica moderna que sostiene, en su versión más radical, que la sensibilidad es la única fuente de conocimiento.

En este sentido es habitual referirse a la filosofía inglesa de los siglos XVII y XVIII como «empirismo inglés», y cuyos principales representantes son Bacon, Locke, Berkeley y Hume. La piedra angular de esta corriente consiste en afirmar que el sujeto cognoscente recibe a través de los sentidos todos los elementos que intervienen en su conocimiento; consecuencia de ello, y así se pone de manifiesto en el diálogo elaborado por Leibniz entre Teófilo (el filósofo leibniziano) y Filaletes (el filósofo lockiano) (*Nuevos Ensayos*), es entre otras tesis la negación por parte de los empiristas tanto del postulado de que hay ideas innatas en la mente humana, ideas no adquiridas por la experiencia, como la afirmación de que la mente posee algún medio de

conocimiento de objetos distinto a la percepción sensible. Hume expresó esta tesis con una ejemplar claridad: «En resumen, todos los materiales del pensar se derivan de nuestra percepción interna o externa. La mezcla y composición de ésta corresponde solo a nuestra mente y voluntad. O, para expresarme en un lenguaje filosófico, todas nuestras ideas, o percepciones más endebles, son copias de nuestras impresiones o percepciones más intensas» (*Investigación*, 34).

Esta tesis plantea al empirismo problemas de difícil solución: cuál es el origen de nuestros conocimientos matemáticos, en qué se fundamenta la construcción de teorías que explican y predicen los fenómenos naturales... Respecto de la primera cuestión, un empirismo consecuente se ve abocado a sostener que los enunciados matemáticos son generalizaciones desde los datos de experiencia, y con ello, como toda generalización empírica, carecen de necesidad y están sometidos a revisión si así lo exigen experiencias ulteriores, aunque la generalización está tan confirmada que nos resulta difícil pensar que pueda ser refutada, pero lógicamente podría darse el caso; esta es la postura que sostuvo el filósofo empirista del siglo XIX J. S. Mill. Evidentemente esta caracterización de la matemática no satisface las exigencias epistemológicas de la misma (axiomatismo, deductivismo, necesidad de sus enunciados [la llamada «necesidad lógica»]...).

Hume abordó el problema desde la distinción entre «relaciones de ideas» (*relations of ideas*) y «cuestiones de hecho» (*matters of facts*). Las proposiciones de la aritmética y la geometría pertenecen al primer tipo, pero como el origen de las ideas en algunas de cuyas relaciones consisten las matemáticas es sensorial, Hume tropieza con

la dificultad de que las nociones básicas, tanto el concepto de número como el de figura geométrica, son de origen empírico, y así como el primero es directamente apreciable sin error, por lo que respecta a la figura geométrica, la relación (proporción) entre figuras, que depende de percepciones espaciales, no resulta tan clara. Por ello «tan solo el álgebra y la aritmética parecen ser las únicas ciencias en que pueda efectuarse una argumentación de cualquier grado de complejidad, conservando sin embargo una exactitud y certeza perfectas [...] Y es por la falta de este criterio de igualdad en la extensión por lo que difícilmente puede verse a la geometría como ciencia infalible y perfecta» (Hume, *Tratado*, 173-174); en la *Investigación* Hume matiza (o modifica) esta posición al afirmar que «a la primera clase (relaciones de ideas) pertenecen las ciencias de la Geometría, Álgebra y Aritmética y, en resumen, toda afirmación que es intuitiva o demostrativamente cierta [...] Las proposiciones de esta clase pueden descubrirse por la mera operación del pensamiento, independientemente de lo que pueda existir en cualquier parte del universo» (Hume, *Investigación*, 47-48).

La segunda cuestión, cómo explicar la construcción de teorías que predicen el curso de la naturaleza también plantea problemas epistemológicos todavía no resueltos, a juicio de muchos. Explicar, por usar una expresión quineana, como se pasa del magro *input* al torrencial *output* es una tarea en la cual Hume no avanzó, y, según Quine, todavía no se ha avanzado, así puede afirmar que «la situación humana es la situación humana»; de ser así habríamos de concluir que no nos es dada la posibilidad de resolver esta cuestión: hay demasiado trecho entre las sensaciones, fruto de las estimula-

ciones sensoriales que nos vienen de fuera, y las teorías que no solo ofrecen complejas explicaciones sobre la realidad física, biológica..., sino que también permiten predecir acontecimientos. Estas elaboraciones teóricas van más allá de lo percibido. ¿De dónde procede ese *plus*? Esta cuestión tiene difícil respuesta desde una perspectiva estrictamente empirista, es decir desde el principio de copia que, como vimos anteriormente, formuló Hume.

Hume aborda la cuestión desde una perspectiva escéptica: «solo parece haber tres principios de conexión entre ideas: semejanza, contigüidad en el tiempo o en el espacio y *causa* o *efecto*» (*Investigación*, 40) y estas conexiones son producto del comportamiento *natural* de nuestra mente, y tienen su base en la *costumbre*: «Siempre que la repetición de un acto u operación particular produce una propensión a renovar el mismo acto u operación, sin estar impelido por ningún razonamiento o proceso del entendimiento, decimos que esta propensión es el efecto de la Costumbre [...] solo indicamos un principio de la naturaleza humana que es universalmente admitido y bien conocido por sus efectos» (66). Con estas premisas es lógico que las relaciones de causalidad, necesarias en la predicción científica, no puedan ir más allá de ser consideradas «hábitos» de la naturaleza humana, y estos «hábitos» constituyen sin duda una explicación insuficiente de la capacidad teórica del conocimiento humano, ya que no dan cuenta de la capacidad predictiva de las teorías.

El empirismo ha intentado superar la situación en la que Hume lo había dejado. El siglo XX es una época de predominio de la epistemología empirista. En realidad la epistemología racionalista clásica tuvo como modelos

de conocimiento la matemática, la metafísica y la teología, mientras que la empirista tiene como modelos la matemática (y la lógica) y las ciencias empíricas (fundamentalmente las ciencias naturales y más concretamente la física), sin que ello signifique que se trata de epistemologías disyuntas y menos antagónicas, aunque no es momento de desarrollar esta idea.

El empirismo del siglo XX tiene algunas peculiaridades que conviene precisar. Hacia los años veinte surge en Viena un movimiento filosófico que recibe el calificativo de «positivismo lógico» o «empirismo lógico». Su punto de partida es que el conocimiento humano se divide en dos esferas autónomas y con fundamentos epistémicos diferentes: el mundo de la lógica y la matemática y el mundo de los conocimientos de experiencia. El primero se compone de verdades analíticas (análisis / síntesis), regidas por los principios lógicos; esta concepción obedecía a la aceptación por parte de los empiristas lógicos de la tesis de Frege-Russell según la cual la matemática es reducible a lógica (logicismo). Así los enunciados de la matemática, como los de la lógica (logicismo), son necesariamente verdaderos, a fuer de analíticos, aunque no informan nada sobre lo que Hume llamaba «cuestiones de hecho». La lógica es sintaxis formal, y sobre ella cabe aplicar como método la inferencia deductiva (deducción), de manera que si la inferencia es correcta, la implicación entre las premisas y la conclusión constituye una verdad analítica. En este campo, las dudas de Hume se desvanecen, aunque, como advierte Quine, la situación no es tan simple porque si bien la lógica es «evidente», la matemática no solo precisa de lógica, sino también de teoría de conjuntos y esta no resulta tan evidente como la propia matemática, y ade-

más Gödel ha demostrado que ningún sistema axiomático consistente puede dar cuenta de toda la matemática.

Por lo que respecta al conocimiento empírico, la formulación tópica del empirismo lógico viene dada en el conocido «principio de verificación» o «criterio empirista del significado». Este principio puede formularse de la siguiente manera: «el significado de un enunciado es su método de verificación», y se entiende por tal el procedimiento empírico para decidir su verdad o falsedad. Esta formulación supone varios cambios sobre el principio humeano según el cual las ideas son copias de las sensaciones.

En primer lugar, por lo que se pregunta no es por «ideas» o «conceptos», sino por «enunciados», lo que significa que ahora la unidad de significado cognitivo no es el concepto aislado, sino la proposición o enunciado, y el problema radica en la relación entre un conjunto de enunciados «básicos» (también se les ha llamado «protocolares» o «atómicos», aunque hay que advertir que cada nombre introduce matices propios en la concepción y funciones de este tipo de enunciados, matices en los que no podemos entrar ahora) y los enunciados teóricos que son aquellos en los que se expresan nuestros conocimientos. Es cierto que esta distinción a veces se formula relativamente a «términos observacionales» y «términos teóricos», pero esto no invalida la observación anterior ya que dichos términos se entienden en tanto que forman parte de enunciados observacionales o teóricos, siendo estos últimos definidos en función de los primeros, como la verificación de los enunciados teóricos lo es en relación con un conjunto determinado de enunciados básicos. Se trata, pues, en este caso de un empirismo que podemos llamar «semánti-

co» en tanto que intenta explicar el significado de los enunciados.

En segundo lugar, de lo que se trata no es tanto de explicar el origen de nuestros conocimientos o ideas, sino de *fundamentar* su validez científica, con lo cual se pretende trazar una línea divisoria entre los enunciados cognitivos, que son aquellos que disponen de un método (empírico puesto que se trata de conocimientos de experiencia) para decidir su valor de verdad, y los enunciados que al no disponer de tal procedimiento carecen de contenido cognitivo y son llamados «pseudoenunciados», a este tipo pertenecen todos los enunciados de la metafísica y, en general, de la filosofía en la medida en que pretenda ser algo más que análisis de los enunciados cognitivos.

Esta formulación del empirismo, propia del positivismo lógico, ha recibido muchas críticas, de las que solo mencionaré una, la de Quine, por la relevancia que ha tenido en la epistemología contemporánea. Para Quine este empirismo asume acríticamente dos dogmas a su juicio injustificables: el primero se refiere a la distinción analítico/sintético que conlleva un mundo de enunciados analíticos (basadas en el significado de los términos que intervienen en el enunciado), y un mundo de verdades sintéticas, basadas en la experiencia. Quine argumenta, en resumen, que los significados no pueden fundamentar la analiticidad ya que han de ser investigados empíricamente a través de la observación del comportamiento lingüístico de los hablantes; en consecuencia no hay, para Quine enunciados analíticos. El segundo dogma consiste en afirmar que los enunciados se enfrentan aisladamente al tribunal de la experiencia de manera que puede establecerse una cadena de inferencia entre los datos de expe-

riencia sensible y los enunciados. Frente a ello, lo que sucede, según Quine, es que los enunciados pertenecen a teorías más o menos amplias, y están determinados en su significado tanto por la experiencia como por el sistema conceptual (teórico) al que pertenecen (holismo). Así lo que se somete al tribunal de la experiencia es la teoría como un todo (es la que tiene capacidad predictiva) y no los enunciados aisladamente, la diferencia entre enunciados observacionales y teóricos es solo de grado. Para Quine la superación de estos dos dogmas constituye un estadio superior (mejorado) del empirismo.

AYER, A. J., *El positivismo lógico*, México, FCE, 1965; FEYERABEND, P. K., *Cómo ser un buen empirista*, Valencia, Cuadernos Teorema, 1976; QUINE, W. O. v., «Dos dogmas del empirismo», en Id., *Desde un punto de vista lógico*, Barcelona, Ariel, 1962; QUINE, W. O. v., «Five milestones of Empiricism», en Id., *Theories and Things*, Cambridge, Mass., HUP, 1981.

Josep Ll. Blasco Estellés

Entendimiento

Se usa «entendimiento» para designar la facultad de conocer y de comprender en función de elaboraciones conceptuales llevadas a cabo desde una orientación discursiva y analítica, en conexión con lo que la constitución de la epistemología moderna asignó al campo de la razón y de la inteligencia, remodelando las implicaciones metafísicas y ontológicas puestas en juego por la filosofía greco-medieval en torno al entendimiento (*nous, intellectus*) como expresión del pensamiento en su sentido más estricto.

Para los griegos, en efecto, existiendo «lo mismo para el pensar/entender

(*noein*) y el ser» (Parménides, B 3, B 6), el entendimiento es lo que hace posible el desvelar la presencia del ser (la *arché*, la *physis*, lo *apeiron*) y es, en última instancia, el *logos* autónomo que, «aun estando separado de todas las cosas», todo lo gobierna «por medio de todo» y hace que «todas las cosas sean iguales» (Heráclito, B 41, B 108), de tal modo que, así substantivado, este *nous* «siempre es y está ciertamente ahora incluso donde están también todas las demás cosas» y se hace, por ello, todas las cosas (Anaxágoras, B 14). Esta peculiar coimplicación permitirá a Platón (*Rep.* VI, 509-518) establecer que el segmento característico de los objetos del entendimiento (*ta noeta*) delimita la realidad en sí (*ta onta, eide*), la cual, a su vez, solo se hace accesible en el ejercicio del pensar/entender (*noesis*) en su plena autenticidad, aprehensión inmediata de lo que es originariamente (Ideas como *archai*).

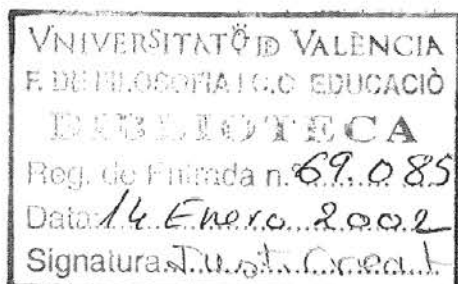
Si también Aristóteles destaca que «el entendimiento es de los principios (*archai*)», lo hará desde una perspectiva ajena a la dialéctica platónica, para hacer del entendimiento la aprehensión intuitiva y no mediada de los postulados básicos y originarios de la demostración que lleva al auténtico conocer, de tal manera que solo del conocimiento que es/tiene verdad puede decirse con propiedad que procede del entendimiento. El *nous* aristotélico es, así, aquella cualidad o virtud intelectual (pero no una potencia del alma) cuyo objeto es lo inteligible y que se muestra como correlato subjetivo de lo *apeiron* presocrático en cuanto «capacidad de llegar a ser todo» (entendimiento pasivo) y, también, «lo que hace todo», el entendimiento agente que, en cuanto distintivo del animal dotado de *logos*, es el des-velamiento racional de la esencia

Compendio de epistemología

Edición a cargo de Jacobo Muñoz y Julián Velarde

E D I T O R I A L T R O T





D. 1005523
L. 1169469

Pedag.

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie **Filosofía**

© Editorial Trotta, S.A., 2000
Sagasta, 33. 28004 Madrid
Teléfono: 91 593 90 40
Fax: 91 593 91 11
E-mail: trotta@infonet.es
<http://www.trotta.es>

© Jacobo Muñoz y Julián Velarde, 2000

© De los autores, para sus colaboraciones, 2000

Diseño
Joaquín Gallego

ISBN: 84-8164-327-0
Depósito Legal: P-282/2000

Impresión
Simancas Ediciones, S.A.



CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
<i>Abreviaturas</i>	11
COMPENDIO	13
<i>Nota biográfica de los colaboradores</i>	595
<i>Índice general de conceptos</i>	607
<i>Índice de autores y conceptos</i>	613
<i>Índice analítico</i>	617
<i>Índice de autores citados</i>	627

ÍNDICE DE AUTORES Y CONCEPTOS

- Andoni Alonso Puellas*: Sentido común o conocimiento ordinario
- Juan Ramón Álvarez*: Dilema, Falacia, Juicio, Logicismo, Paradoja, Prueba, Silogismo
- Ángel Álvarez Gómez*: Abstracción, Anamnesis, Cogito, Incorregibilidad, Indubitabilidad
- Eva Álvarez Martino*: Ignorancia, Irracionalismo
- Juan Arana Cañedo-Argüelles*: A priori / a posteriori, Apodíctico, Aporía, Concepto
- José Luis Arce Carrascoso*: Evidencia, Inmediatez, Justificación
- Luis Arenas Llopis*: Certeza, Infalibilidad, Relativismo, Subjetivismo-objetivismo, Sujeto-objeto
- Ignacio Ayestarán Uriz*: Naturalismo
- Cipriano Barrio Alonso*: Hipótesis, Teoría
- Julio Bayón Cerdán*: Innatismo
- Fina Birulés Bertrán*: Ilusión, Imaginación, Memoria
- Carlos Javier Blanco Martín*: Cognitivismo, Conexionismo, Constructivismo
- Josep Ll. Blasco Estellés*: Empirismo, Racionalismo, Realismo, Transcendental
- Fernando Broncano Rodríguez*: Enunciados protocolares, Formalismo, Validez, Verificación
- Tomás Calvo Martínez*: Ataraxia, Pirronismo, Platonismo / neoplatonismo
- Camilo J. Cela Conde*: Epistemología evolutiva, Epistemología naturalizada
- Pedro Chacón*: Consciencia
- Román G. Cuatango*: Historicismo
- Antoni Defez Martín*: Cartesianismo, Coherentismo, Corroboración, Dogma - dogmatismo, Fe / fideísmo, Virtudes epistémicas
- José A. Díez Calzada*: Estructuralismo
- Javier Echeverría*: Axiología de la ciencia, Explicación científica
- Ángel Manuel Faerna García-Bermejo*: Pragmatismo
- Manuel Fernández Lorenzo*: Contexto, Fundamentalismo, Fundamento, Gnosticismo, Positivismo

- Juan B. Fuentes Ortega*: Antropológico, Biológico (El conocimiento como hecho biológico), Mundo externo, problema del
- Alfonso García Suárez*: Lenguaje privado, argumento del; Otras mentes, Solipsismo
- Manuel García-Carpintero*: Información, Pensamiento
- Marta I. González García*: Conductismo, Inteligencia, Sensación / percepción
- Carmen González del Tejo*: Comprensión, Nomotético / idiográfico, Perspectivismo
- Tobias Grimaltos Mascarós*: Autoevidencia, Gettier, problema de
- José Luis Guijarro Morales*: Cognición
- Ignacio Izuzquiza Otero*: Diálogo, Esencialismo, Inmanente/transcendente, Necesario / contingente
- Manuel Jiménez*: Acción comunicativa / Acción instrumental
- María Isabel Lafuente Guantes*: Fenomenalismo, Fenómeno, Fenomenología, Nóesis / Nóema
- Pablo López Álvarez*: Dialéctica, Sociología del conocimiento
- José Antonio López Cerezo*: Ciencia, Infradeterminación (de las teorías), Observación, carácter teórico de la
- Antonio M. López Molina*: Autorreflexión, Ciencias de la naturaleza /ciencias del espíritu, Intereses (del conocimiento), Reflexión
- Ignacio Loy Madera*: Aprendizaje, Disposición, Estímulo
- José Luis Luján López*: Reconstrucción racional, Reducción / Reduccionismo
- Manuel Medina Gómez*: Técnica
- Mary Sol de Mora Charles*: Bayesianismo, Probabilidad
- Carlos J. Moya Espí*: Autoconocimiento, Autoconsciencia, Intencionalidad, Mente, Razones / causas, Representación
- Eugenio Moya*: Objetividad, Verosimilitud
- Jacobo Muñoz*: Conocimiento / saber, Creencia, Ética creencial, Ideología, Opinión, Razón / racionalidad
- José Luis Pardo*: Cuerpo, Signo, Símbolo
- María del Carmen Paredes Martín*: Analogía, Intuición
- Concepción Paredes Olay*: Aprendizaje, Disposición, Estímulo
- Eulalia Pérez Sedeño*: Ciencia / Género, Convencionalismo, Metáfora
- Ángeles J. Perona*: Epistemología feminista, Falibilismo, Falsación, Holismo
- Jorge Rodríguez Marqueze*: Externismo / internismo, Proposición
- Nicolás Sánchez Durá*: Interpretación, Traducción. Indeterminación de la traducción
- José Carlos Sánchez González*: Aprendizaje, Disposición, Estímulo
- Vicente Sanfélix Vidarte*: Datos sensibles (Sense-data), Identidad / identidad personal, Interpretación, Traducción. Indeterminación de la traducción
- Sergio Sevilla Segura*: Praxis
- Josefa Toribio Mateas*: Semántica, Semiótica
- Nicanor Ursua Lezaun*: Epistemología teórico-informacional
- Luis Ml. Valdés Villanueva*: Criterio / canon, Definición

- Luis Vega Reñón*: Abducción, Argumentación / Argumento, Axioma / Axiomatización, Deducción, Inducción, Inferencia, Inferencia de la mejor explicación, Postulado, Razonamiento, Regreso al infinito (argumento del)
- Serafín Vegas González*: Entendimiento
- Julián Velarde Lombrana*: Agnosticismo, Análisis / Síntesis. Analítico / Sintético, Apercepción, Difuso (teoría de lo), Epistemología, Error, Experiencia, Falsedad, Función, Idea, Límites del conocimiento humano, Método / Metodología, Posibilidad (teoría de la), Sistema / modelo, Sistemas expertos, Verdad
- Stella Villarrea Requejo*: Escepticismo